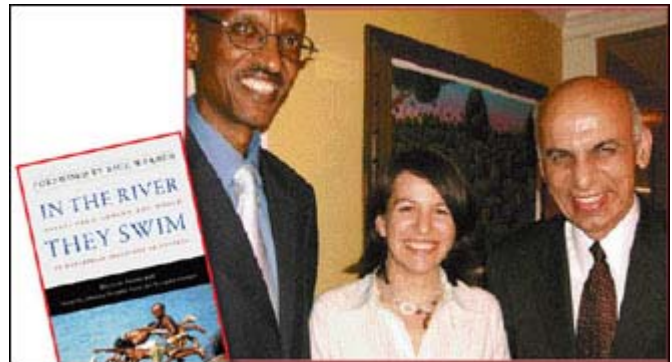




Santa Cruz de la Sierra - Bolivia, Domingo 5, Julio de 2009

Marcela Escobari . « Si el crecimiento no se vuelve prioridad, lo único que vamos a redistribuir es la pobreza »

Boliviana. Es directora del Centro Internacional de desarrollo de la universidad de Harvard | Labor. asesoró a más de un centenar de pyMes y gobiernos de distintas partes del Mundo



Imágenes Marcela Escobari junto al presidente de Ruanda y al ex ministro de Finanzas de Afganistán, Ashraf Ghani . Portada del libro *In the river they swim*, en el que se reúnen 29 ensayos de iniciativas de todo el mundo para soluciones a la pobreza. Uno de ellos fue escrito por Escobari

Ricardo Herrera F. Fotos: Marcela Escobari

Marcela Escobari es boliviana y dirige el Centro Internacional de Desarrollo en Harvard, que integra y aplica los conocimientos de esa prestigiosa universidad para resolver los dilemas de política pública relacionadas con la erradicación de la pobreza en el mundo. Ella tiene más de una década de experiencia en el desarrollo económico y ha colaborado con el desarrollo de proyectos en varios países. Marcela, que comparte sus actividades profesionales con los de madre de familia (tiene un niño de tres años y pronto dará a luz a su segundo hijo) no ha descuidado su mirada y preocupación por el destino del país que la vio nacer. "Quiero que Bolivia no sólo sea parte de sus vidas, sino que también puedan algún día contribuir a que seamos la gran nación que podemos ser, en vez de convertirnos en la otra posible cara de esta historia; una nación dividida y fragmentada, peleándose por las migajas que quedan", dice, enfática, Marcela, que responde éstas y otras interrogantes acerca de su vida personal y profesional.

- ¿Qué la motivó a seguir la carrera de economía y a interesarse en temas de desarrollo social?

-Mis padres, con su vida y ejemplo, fueron quienes me inculcaron la pasión por saber más sobre el desarrollo social y económico. No por sermones, ni epifanías, sino por diversas experiencias que se discutían en la mesa de mi casa y que, poco a poco, tejieron mi visión de la sociedad, incluidas sus injusticias y también sus posibilidades.

Ellos siempre fueron una pareja dispareja, unidos por una pasión y dedicación a la medicina. El trabajo y los traumas de cada paciente consumían y daban sentido al día a día. Sus trabajos eran y siguen siendo sus vidas. En cada almuerzo, los tres chicos teníamos que aguantar conversaciones incomprensibles sobre diagnósticos, tratamientos y pronosis... en latín, probablemente para no arruinarnos el apetito. Por otro lado, la inequidad e injusticia de mi entorno eran difíciles de evadir. Pasaba mis días en el colegio Americano y muchas de mis tardes en las salas de espera del hospital de niños o la maternidad, sintiendo la frustración de mis padres al ver chicos muriendo de pobreza más que por enfermedad. En los 'veranos gringos' fui voluntaria en un orfanato donde mi mamá donaba su tiempo. Nunca me olvidaré de la niña de dos años que no sabía sentarse, porque nadie la había tenido en sus brazos. Crecía mi frustración y me carcomía la impotencia.

Los extremos eran algo cotidiano, iba a Los Pozos de la mano de la empleada viendo a niños de mi edad vendiendo sus frutas magulladas. Mis compañeros me invitaban al Country para celebrar sus cumpleaños.

Recuerdo cuando con una moneda de un peso compraba lo mismo que con un millón al año siguiente, también de las carretas de billetes para adquirir lo básico, así como cuando mi escuela les costaba \$us 100 al mes y mis padres ganaban \$us 25.

- ¿Siempre quiso estudiar Economía?

- Yo quería ser médica, pero recuerdo que el consejo irrefutable de mis padres fue: "No quieras salvar un niño a la vez, andá a hacer cosas que salven miles a la vez". Todavía creo que me estafaron. No sé de personas que hayan tenido profesiones más gratificantes que mis padres, salvando un niño a la vez, mientras que yo trato de sanar países, pero probablemente jamás podré 'curar' a uno. Fue así que salí a estudiar a Estados Unidos, al Swarthmore College y después a Harvard. Terminé siguiendo Economía y Políticas Públicas, diagnosticando países, entendiendo sus enfermedades; los errores de los 'doctores', como el falso consenso de Washington que con tanta determinación siguió Bolivia o la negligencia de los pacientes con gobiernos cortoplacistas.

- ¿Alguna vez intentó aplicar en Bolivia lo que aprendió?

- Volví en un par de veranos a empezar a usar mis nuevas lecciones de aula, una vez trabajando con los ayoreos en un proyecto del Banco Mundial y otra en Udapso (Unidad de Análisis de Políticas Sociales) con las leyes de participación popular y reforma agraria. Recuerdo haber tomado un tren para ir a la Chiquitania a una comunidad ayorea. A medio camino me enteré que no había parada en mi destino, así que aprendí a saltar de un tren en marcha. Me encontré con una comunidad de 100 familias, que intentaba adaptarse a una nueva realidad sedentaria, pero que terminaba muchas veces en las veredas de las ciudades o en la prostitución. Mi desilusión con los bancos multilaterales y sus programas empezó temprano. Elegían a hombres como líderes comunales, aunque la tribu se basaba en el matriarcado. Los profesores enseñaban en español, mientras que la lengua nativa era el ayoreo, y las escuelas no dejaban entrar a niños descalzos, aunque la mitad no tenía zapatos.

De estas experiencias concluí que un gran corazón y buenas intenciones eran ineficaces herramientas para sanar la pobreza y que el reto para los ayoreos, o para Bolivia, era insertarse en los mercados globales, no aislarse. Para entender esos mercados, fui al centro del capitalismo (Wall Street), pasando unos años en banca de inversión, vendiendo y comprando multinacionales en Latinoamérica.

- ¿Cuándo volvió a trabajar en temas de desarrollo social?

- Volví a mi pasión con una maestría en políticas públicas y desarrollo económico en Harvard, y me uní a una consultora prestigiosa (Monitor Group) asesorando a países para volverse más competitivos. Me llevó alrededor del mundo, desde Jamaica hasta Ruanda, diagnosticando países, industrias, empresas grandes y pequeñas, con una meta clara: mejorar los ingresos de los más pobres. Asesoré al presidente Leonel Fernández sobre opciones para el sector industrial dominicano afrente la inminente amenaza china y cómo usar sus zonas francas como algo más que un destino de bajos salarios para las multinacionales. En Trinidad y Tobago diseñé políticas de diversificación para romper la dependencia del gas y su inevitable volatilidad. En Jamaica trabajé con músicos para incrementar la rentabilidad local del gran talento musical de la isla.

- ¿Se pueden aplicar algunas de las recetas que se usó en esos países para el nuestro?

-La clave es crear productos diferenciados, que nadie pueda hacer mejor que nosotros y que sean difíciles de copiar. Esto no significa que Bolivia tenga que empezar a producir aviones. Por ejemplo, nuestra biodiversidad y oferta turística son difíciles de copiar. En vez de enfocarnos en atraer a un millón de mochileros, que gastan \$us 5 al día y amenazan el medio ambiente, la meta debe ser atraer turistas dispuestos a pagar \$us 500 al día por una experiencia extraordinaria y única. Esto involucra entender las necesidades específicas de ese consumidor, entender los métodos de distribución para llegar a ellos, invertir en infraestructura adecuada, tener guías políglotas y capacitados, etc. Después de asesorar a Colombia, con la reputación más reñida del continente, o Ruanda, conocida por muerte y genocidio, que despertó su potencial turístico, Bolivia pareciera un caso fácil. Bill Gates pasó sus vacaciones en la jungla colombiana.

En Kigali, Ruanda, tener un encuentro inolvidable con los gorilas y conocer a 12 especies de monos en su ambiente natural cuesta \$us 400. La lista de espera es de meses para entrar al parque. Otros ejemplos: la alpaca produce uno de los tejidos más finos y abrigados del mundo. ¿Por qué no aprender de los diseñadores italianos para que un suéter cueste \$us 300, en vez de \$us 20 en la plaza Murillo? El bagazo de la caña puede ser materia prima para el biocombustible del mañana. No es fácil concebir una Bolivia competitiva, vibrante y creciendo al 12% anual, con todos los obstáculos que podemos delinear de un suspiro. Al mismo tiempo, no tenemos otra opción. Si el crecimiento no se vuelve parte prioritaria del discurso nacional lo único que vamos a redistribuir es la pobreza.

- ¿Cuál es el trabajo que realiza el Centro Internacional de Desarrollo Harvard (CID)?
- Mi rol es lograr que las ideas de los académicos más prestigiosos, que vienen de diferentes rincones del mundo y espectros ideológicos, tengan impacto en los países más pobres. Tratamos los temas fundamentales para combatir la pobreza. ¿Cómo diseñar estrategias de crecimiento adecuadas para cada país? ¿Cómo mover a países a áreas industriales de mayor productividad? ¿Cómo crear productos y servicios que inserten a los más pobres a mercados claves, desde agua, electricidad hasta mercados financieros? ¿Cómo gobernar para que los servicios públicos funcionen? Es un laboratorio de ideas y las respuestas muchas veces son elusivas y poco intuitivas, pero se basan en teoría, datos, experiencia, y la pasión por resolver el problema más importante de nuestra generación: el mundo se divide y los países divergen. Hace 200 años, la nación más próspera era sólo cuatro veces más rica que la más pobre; hoy es 70 veces más. ¿Qué mundo le dejaremos a nuestros hijos?

- ¿Qué enseñanza ha dejado la crisis que vive Estados Unidos y Europa y que repercute en el mundo?
- El mundo ha cambiado drásticamente y hay que adaptarse. Por más que nos guste tener a alguien a quien culpar, la globalización no es invento extranjero o algo que alguien nos está imponiendo, es un fenómeno actual y que va a beneficiar desproporcionadamente a todos los que estén preparados para afrontarla y va a castigar de manera igualmente desproporcionada a los que no estén listos.

La crisis económica desencadenada en parte por excesos y negligencia en los mercados financieros grandes está afectando más a los gobiernos con políticas que los aíslan de los mercados globales, como Venezuela, Argentina y Ecuador (medido por los 'spreads' en bonos soberanos, o la credibilidad de sus economías y capacidad de prestarse capital extranjero). O sea, el aislarnos más, ahuyentando las inversiones extranjeras y disminuyendo el monto y la diversidad de las exportaciones sólo nos debilita.

- ¿Es posible pensar en solucionar la pobreza en Bolivia, mientras sigan las grandes desigualdades en la distribución de la riqueza?
- Volverse un país más competitivo, creando las bases para una población más próspera, es un paso imperativo para Bolivia.

No sólo para aumentar los ingresos del ciudadano promedio, sino también porque nuestra coherencia como sociedad está en juego. Existe una correlación entre un alza en los ingresos y una población con una buena actitud hacia la ley, tolerancia a aquellos diferentes a nosotros, apoyo a las libertades civiles, la autoestima, la satisfacción con la vida propia, el deseo de participar en la sociedad cívica y la lista sigue... Al volvernos más ricos (hasta cierto punto), nos volvemos una mejor sociedad...

- ¿Es una correlación?
- Sí, y la he visto alrededor del mundo; por ejemplo, trabajando en Ruanda, que hace 15 años sufrió un genocidio que costó más de un millón de vidas. Esta tragedia ocurrió al mismo tiempo que el país enfrentaba una tremenda crisis económica producto de la abrupta baja de precios del café, cuya producción empleaba a un cuarto de la población. Esto no es coincidencia.

Las crisis económicas siempre están a los talones de las guerras civiles. Tampoco es coincidencia que cuando Estados Unidos está sintiendo inseguridad económica, inmediatamente surgen voces a favor de restringir la inmigración y crear una pared de hierro con México. Para Bolivia, el enfocarse en el crecimiento económico no es un lujo, es el único desvío del camino que estamos trazando hacia el precipicio.

- ¿La clave está en la competitividad?
- La competitividad nace de la capacidad de las empresas de usar la capacidad productiva de su gente para crear productos y servicios que den un valor único a clientes alrededor del mundo. El gobierno tiene un rol importante en crear las condiciones para que las empresas prosperen, para aumentar la capacidad productiva de su gente, crear regulaciones que atraigan inversión, mantengan la competencia y protejan a su población y el medio ambiente, pero el Gobierno no compite, las empresas compiten.

Hoy tenemos nuestras prioridades correctas: el crear una Bolivia, donde todos, empezando por los más pobres, puedan prosperar dignamente.